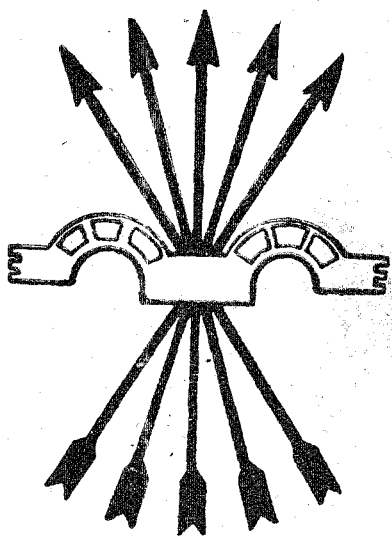




Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO I

GRANOLLERS, 3 NOVIEMBRE DE 1940

NÚM. 10

EDITORIAL

El ideario de Falange, vivamente sentido por aquellos grupos, minorías selectas inasequibles al desaliento, que formaban alrededor de la Comunión Tradicionalista y en menos cantidad y organización en «La Conquista del Estado» y en «J. O. N.-S.», encontraron su interpretador, su profeta, su jefe, su César, en la figura de José Antonio.

Y no crea nadie que es exagerada la afirmación, ya que bien podemos afirmar que la Falange fué alentada en su nacimiento por los tradicionalistas; prueba de ello es que mientras se estaba desarrollando la histórica y trascendente acción en el Teatro de la Comedia, los requetés de Madrid prestaban servicio de vigilancia en la contigua calle del Príncipe, y en que el discurso que José Antonio pronunciara fué muy bien comentado y acogido por la prensa tradicionalista, el mismo Víctor Pradera en un artículo que con este motivo publicó, afirmaba que el ideario de la Falange era casi idéntico al tradicionalista, y esta única diferencia la encontraba él en la forma, en las palabras y conceptos empleados para desarrollarlo, cosa que los requetés jóvenes miraban como el mayor acierto de José Antonio.

España agonizaba, tostada ora de la derecha, ora de la izquierda, en una parrilla a lo San Lorenzo; los partidos políticos eran los ejecutores de esa terrible muerte. En este caos de amargura, se levanta por encima de las cicatrices y del sufrimiento, una figura joven y varonil, y con ademán firme y con palabra profética y con modos cesáreos, habla a los españoles y les dice:

«Nuestro movimiento por nada atará sus destinos al interés de grupo o al interés de clase que anida bajo la división superficial de derechas e izquierdas.»

«La Patria es una unidad total, en que se integran todos los individuos y todas las clases: la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado...» «Nosotros seríamos un partido más si viniéramos a anunciar un programa de soluciones concretas. Tales programas tienen la ventaja que nunca se cumplen. En cambio, cuando se tiene un sentido permanente ante la historia y ante la vida, ese propio sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en que casos debemos reñir y en que casos nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y de riñas.»

Y continuó: «He aquí lo que exige nuestro sentido total de la Patria y del Estado que ha de servirla.»

Que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.

Que desaparezcan los partidos políticos. Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo.

Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre. Porque sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le

estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma, que es capaz de condenarse y de salvarse. Sólo cuando al hombre se le considera así, se puede decir que se respeta de veras su libertad, y más todavía si esa libertad se conjuga, como nosotros pretendemos en un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden.

Queremos que todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa; es decir, que las funciones a realizar son muchas: unos con el trabajo manual, otros con el trabajo del espíritu; algunos, con un magisterio de costumbre y de refinamientos. Pero que en una comunidad tal como la que nosotros apetecemos, sépase desde ahora, no debe de haber convidados ni debe haber zánganos.

Queremos que no se contengan derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna.

Queremos que el espíritu religioso, clave de los mejores arcos de nuestra Historia, sea respetado y amparado como merece, sin que por eso el Estado se inmiscuya en funciones que no le son propias, ni comparta — como lo hacía tal vez por otros intereses que los de la verdadera religión — funciones que sí le corresponde realizar por sí mismo.

Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su historia.

Y queremos, por último, que si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos defengamos ante la violencia. Porque, ¿quién ha dicho — al hablar de «todo menos la violencia» — que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estemos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria.

Y para terminar dijo: «Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla, alegremente, poéticamente...» «Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros, fuera, en vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas.»

Y la bandera fué levantada, y está levantada y estará levantada; y por levantarla y defenderla cayeron nuestros mejores, cayó el Fundador, cayó Pradera, cayó Montero, cayó Onésimo, cayó Ruiz de Alda y cayeron tantos y tantos otros, miles y más miles de camaradas que desde los luceros prestan guardia de honor a España. La muerte es un acto de servicio, dijo José Antonio, y él y ellos supieron cumplir este servicio para que los que quedásemos pudiésemos gozar de una España mejor, más justa, más humana, más tradicional.

La bandera fué alzada y para defenderla en días azarosos de tiranía masónica, cayeron, víctimas de las pistolas asesinas de las turbas de Largo Caballero, tiñendo con su sangre los asfaltados de las calles españolas y los patios de las

(Continúa a la página 5)